



Revista de Ciencias Ambientales (Trop J Environ Sci). EISSN: 2215-3896.

Enero-Junio, 1981. Vol 2(1): 97-99.

DOI: <http://dx.doi.org/10.15359/rca.2-1.11>

URL: www.revistas.una.ac.cr/ambientales

EMAIL: revista.ambientales@una.cr

Rodia Romero

Revista de CIENCIAS AMBIENTALES Tropical Journal of Environmental Sciences



El mito de la sobrepoblación

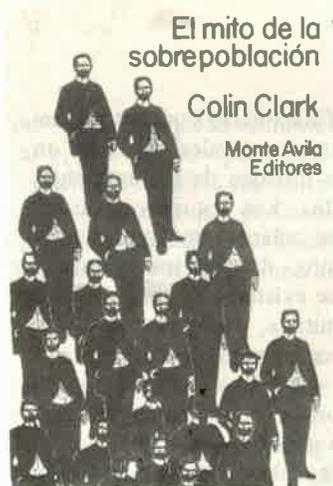
The myth of overpopulation

Rodia Romero



Los artículos publicados se distribuyen bajo una Creative Commons Reconocimiento al autor-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY NC SA 4.0 Internacional) basada en una obra en <http://www.revistas.una.ac.cr/ambientales>, lo que implica la posibilidad de que los lectores puedan de forma gratuita descargar, almacenar, copiar y distribuir la versión final aprobada y publicada (*post print*) del artículo, siempre y cuando se realice sin fines comerciales y se mencione la fuente y autoría de la obra.

EL MITO DE LA SOBRE- POBLACION



AUTOR:
Colin Clark.

EDITADO POR:
Monte Avila Editores.
Caracas, Venezuela. 1975.

Rodia Romero

El autor, especialista en economía agrícola y partidario convencido del crecimiento ilimitado, critica en este libro las afirmaciones —a su jui-

cio alarmistas— de los ambientalistas en materia de población, recursos y contaminación. Los blancos preferidos de su crítica son las obras del

biólogo Paul Ehrlich y el informe del Club de Roma, **Los límites del crecimiento**.

El libro se inicia con una

refutación del concepto de recursos naturales implícito en los trabajos de los ambientalistas. Los recursos naturales —se aclara— no son un conjunto de objetos naturales que existen en cantidad fija y limitada, y que, por lo tanto, necesariamente se agotan con el uso. Por el contrario, es el hombre el que crea y desarrolla recursos naturales al aplicar trabajo, equipo y técnica a la tierra.

Esta forma de definir el concepto de recursos, que es la de los economistas, permite a Colin Clark sostener que el crecimiento de la población aumenta de ordinario los recursos.

En relación con los recursos no renovables, se señala que el desarrollo de la técnica, incentivado por el sistema de precios, hace posible ampliar las reservas, reciclar los metales ya usados y utilizar sucedáneos.

En cuanto a los recursos renovables, el libro enfatiza la capacidad del planeta para atender las demandas presentes y futuras de alimento. Para probar este aserto, el autor pasa revista a los adelantos logrados por la técnica agrícola y sus correspondientes efectos sobre los rendimientos del suelo. Con el mismo propósito, rebate creencias muy difundidas sobre dieta y

producción de alimentos. Se señala que no es efectivo que dos tercios de la humanidad sufran hambre; se niega que el menor peso e inferior estatura de los habitantes de países pobres sean consecuencia de la subnutrición; se afirma que, contrariamente a la opinión común, la mayoría de esos países ha experimentado un significativo crecimiento en la producción de alimentos por persona desde mediados de la década de 1950. Si el resultado no ha sido más espectacular y el promedio más alto —explica Colin Clark—, ha sido porque ciertos países, bajo influencia rusa o china, han intentado aplicar una agricultura colectiva.

En los capítulos dedicados a la contaminación, se advierten claramente dos tipos de intereses. Por una parte, se intenta demostrar que no existe una relación causal entre crecimiento demográfico y contaminación y, por otra, se busca minimizar el problema aduciendo que no se poseen pruebas concluyentes sobre los efectos perniciosos que, sobre la salud humana, tendrían muchos de los procesos contaminantes denunciados; también se afirma que la contaminación es más grave en los países socialistas.

Para atacar la contaminación, en aquellos casos en que se reconoce como real y dañi-

na, se proponen algunas medidas técnicas: utilización de filtros, reciclaje, etc., y, además, la intervención del poder público para cargar los costos de la descontaminación sobre productores y consumidores. Se sugiere, finalmente, que la descentralización de la población y la industria en ciudades más pequeñas contribuiría a simplificar los problemas ambientales.

Los últimos siete capítulos del libro tratan del crecimiento de la población y de cuestiones demográficas conexas. El planteamiento inicial es que, contrariamente a los principios enunciados por Malthus, la producción agrícola puede crecer y crecer mucho más de prisa que la población, aun en los países subdesarrollados. Es más —se añade—, el crecimiento poblacional genera el crecimiento de la producción agrícola y de la producción en general. Por tanto, de la actual explosión demográfica es razonable esperar un impulso para que comunidades tradicionales de campesinos adopten modos más productivos y creativos de vivir.

Se señala, como un hecho empíricamente comprobado; que el aumento de la población producirá una reducción de las necesidades de capital por persona.

Por último, se examina la incidencia del tamaño de la familia y de la estructura por edades de una población sobre su crecimiento; también se analizan las implicaciones demográficas de la posición neomalthusiana que postula el crecimiento cero —o nulo— de la población mundial, y se concluye llamando la atención sobre la importancia del crecimiento demográfico como factor de poderío político.

En síntesis, dado el énfasis que el autor coloca —unilateralmente y de manera abstracta— sobre el progreso técnico como impulsor del cre-

cimiento “autosostenido”, la idea que vertebra toda la obra es que la humanidad debe —y puede— multiplicar los panes sin disminuir las bocas. Es más, se asigna al crecimiento demográfico —y en ello reside parte de la originalidad del libro— la benéfica función de estimular al progreso técnico-económico.

Este planteamiento diferencia al autor, por una parte, de otros economistas que sólo se atreven a llevar su crítica a las posiciones neomalthusianas hasta el punto de afirmar que el crecimiento demográfico se frena —de manera natu-

ral— con el progreso económico y, por otra, lo opone frontalmente a aquellos ambientalistas, economistas y políticos que, respecto del tercer mundo, piensan y actúan como si Malthus tuviera razón.

Sin embargo, al desdeñar los límites físicos y naturales señalados por los ambientalistas pero, sobre todo, por ignorar la resistencia que para el desarrollo de las fuerzas productivas representan las relaciones de producción imperantes, Colin Clark termina oponiendo al mito de la sobrepoblación otro mito: el del crecimiento autosostenido.